

LOS PRECEPTISTAS LITERARIOS Y EL PROBLEMA DE LA ADAPTACION DE LOS METROS CLASICOS EN CASTELLANO

Por FRANCISCO PEJENAUTE RUBIO

Catedrático de "Lengua Latina" del Instituto Femenino de Oviedo. Encargado de Cátedra vacante en la Facultad de Filosofía y Letras.

EL tan debatido problema de la posibilidad de adaptación en nuestra lengua de los metros clásicos adquiere toda su dimensión si previamente se pasa revista a lo que ha opinado sobre el mismo nuestra preceptiva literaria. El edificio de la adaptación práctica tiene unos fundamentos teóricos muy lejanos y es nuestra intención hacer una exposición somera de lo que han pensado los preceptistas con el fin de valorar después más atinadamente la labor de los poetas y adaptadores: la labor de éstos quedaría desdibujada sin tener a la vista la doctrina de aquéllos.

ANTONIO DE NEBRIJA (1)

Como es natural, Antonio de Nebrija no se plantea directamente el problema de la adaptación de los metros clásicos en su *Gramática Castellana*; sin embargo, a lo largo de ella toca algunos puntos que indirectamente tienen no poco que ver con él; puntos en los que acertó plenamente mientras que en esos mismos naufragaron la mayor parte de los preceptistas posteriores. Si queremos poner esos puntos particularmente de relieve es porque críticos tan ponderados como Coll y Vehí y el mismo Menéndez Pelayo no los han interpretado rectamente, a nuestro entender, atribuyendo a Nebrija unas afirmaciones que de su *Gramática* no se desprenden.

En la tan controvertida cuestión de la cantidad de las sílabas castellanas, según Coll y Vehí, a Nebrija le cabría el triste honor de haber sido «el primero que intentó la descabellada empresa de restituir a las sílabas de los vocablos castellanos la cantidad perdida» (2). Ahora bien, la verdad es que, leyendo el texto de Nebrija, la conclusión a la que se llega es precisamente la contraria. Nebrija, después de dejar sentado explícitamente que «nuestra lengua no distingue las sílabas luengas de las breves», sigue hablando de lo que él denominaba «versos» y que hay que entender por «pies métricos en castellano», doctri-

(1) ANTONIO DE NEBRIJA, *Gramática castellana*, 2 vols. Edic. crítica de Pascual Galindo Romeo y Luis Ortiz Muñoz. Edición de la Junta del Centenario, Madrid, 1946.

(2) J. COLL Y VEHI, *Diálogos Literarios*, 3.^a ed., 1885, p. 203.

na que hay que entender a la luz de la afirmación tajante hecha por él de que en castellano no se distinguen las sílabas largas de las breves. Y así continúa: «mas, por lo que nuestra lengua no distingue las sílabas luengas de las breves i todos los géneros de los versos regulares se reducen a dos medidas, la una de dos sílabas, la otra de tres, osemos poner nombre a la primera espondeo, que es de dos sílabas luengas; a la segunda dáctilo, que tiene tres sílabas, la primera luenga i las dos siguientes breves, porque en nuestra lengua la medida de dos sílabas i de tres tiene mucha semejanza con ellos» (3).

Al ir este párrafo precedido de que en castellano no hay distinción cuantitativa, cuando dice «osemos poner nombre a la primera espondeo que es de dos sílabas luengas», hay que sobreentender «que es de dos sílabas luengas en latín», sobre todo si tenemos presente que con anterioridad al párrafo que comentamos ha estado hablando de los pies latinos; y por eso termina manifestando que «en nuestra lengua la medida de dos sílabas i de tres sílabas tiene mucha semejanza con ellos», esto es, con los pies espondeos y dáctilos latinos. T. Navarro Tomás, en «Historia de algunas opiniones sobre la cantidad silábica española» demuestra prácticamente que Nebrija no se fundaba en la distinción de largas y breves cuando decía que «sa-bia en-lo» era un dáctilo, sino «en el valor relativo que cada una de esas sílabas representaba en nuestra pronunciación con respecto al acento prosódico» (4). En efecto: la semejanza que Nebrija veía en nuestras «medidas» de dos y tres sílabas respecto a los espondeos y dáctilos latinos, tenía como base el acento y no una cantidad que él mismo enérgicamente rechazaba. La doctrina de Nebrija en este punto «no pasaba de relacionar estos pies prosódicos o acentuales, que él creía ver en castellano, con los pies cuantitativos del latín» (5).

No creía, pues, Nebrija que el verso castellano está construído sobre dos pies —espondeo y dáctilo— fundados en la cantidad silábica, sino que mantuvo (como algunos preceptistas modernos han repetido) que el «metro» (verso) estaba formado de unos «versos» (pies métricos) binarios o ternarios que, al igual que los espondeos y dáctilos clásicos tienen su «ictus» o pie marcado (su acento rítmico) en la sílaba inicial. Doctrina en muchos puntos cierta y que, llevada a la práctica, debidamente ampliada, ha dado origen a una de las más frondosas floraciones de nuestra métrica, la versificación por pies o gru-

(3) *Ob. cit.* Vol. I, lib. II, cap. V, 3, p. 44.

(4) T. NAVARRO TOMÁS, «Historia de algunas opiniones sobre la cantidad silábica española», *RFE*, VIII 192, p. 30.

(5) *L. c.* Doctrina que, con las debidas ampliaciones popularizarán, cuatrocientos años más tarde, los preceptistas hispanoamericanos Bello y De la Barra. En cuanto a los numerosos puntos de contacto entre Nebrija y Bello, concretamente en la cuestión que nos ocupa, cfr. JOAQUÍN BALAGUER, *Apuntes para una historia prosódica de la métrica castellana*, Madrid, CSIC, 1954, el capítulo «Las ideas de Nebrija acerca de la versificación castellana», principalmente el apartado «los pies del verso español según Bello y Nebrija».

pos prosódicos, sabiamente explotada por los modernistas hispanoamericanos y, tras ellos, por un gran número de nuestros poetas.

Otra acusación, también creemos que falsa, lanzada contra Nebrija y que tiene no poco que ver con nuestro tema, es la de que confundía el acento con la cantidad. La acusación viene esta vez nada menos que de Menéndez Pelayo, quien, en su famoso «Prólogo» a los *Diálogos Literarios* de Coll y Vehí, dice, respecto de Nebrija, que «con decir a secas que en la sílaba acentuada se *elevaba* la voz o *cargaba* la pronunciación, déjanos a oscuras de si confundía o no el acento con la cantidad» (6). Pero no hay ninguna razón para dudar de que Nebrija distinguía la cantidad del acento. Al hablar de que la voz se *eleva* o *carga* en el acento, es claro que está hablando de *tono* y de *intensidad*, no de *longura de tiempo*, en lo que para Nebrija consistía la cantidad. El error de Nebrija consiste (error, por otra parte, que es común prácticamente a todos nuestros preceptistas anteriores a Coll y Vehí) en que confunde tono con intensidad o, lo que es lo mismo, altura de la voz y acento de fuerza.

JUAN DE LA ENCINA (7)

Las dos falsas acusaciones lanzadas contra Nebrija se pueden dirigir con toda justicia contra el autor que ahora nos ocupa: el acento, que para Nebrija había sido una semejanza con la cantidad latina (probablemente sólo con el «ictus» o acento rítmico), para J. de la Encina es ya una identificación; y así es el primero que en castellano habla resueltamente de largas y breves y el primero que confunde acento y cantidad. Menéndez Pelayo, en su ya citado «Prólogo» dedica a nuestro autor un par de líneas, diciendo que de su tratado «tampoco puede sacarse gran jugo, reducido a lo más mecánico y práctico de la versificación» (8). Sin embargo, creemos que, desde el punto de vista que lo tratamos nosotros, Encina tiene una importancia extraordinaria como iniciador de una corriente falsa y equivocada que, a través de Luzán, Hermsilla, De la Rosa, Sicilia, Sinibaldo de Mas, etc., llegará prácticamente hasta el s. xx. A partir de él, la doctrina de la cantidad silábica en castellano, puesta en relación con la métrica, será casi doctrina común, formando frente cerrado contra la doctrina recta defendida por Nebrija y seguida más tarde por el Pinciano. Es, pues, Encina un punto clave en la cuestión que estamos examinando.

Pero oigamos al mismo Encina. Hablando del poeta, dice: «El poeta contempla en los géneros de los versos y de cuántos pies consta cada verso, y el

(6) *Ob. cit.* «Prólogo» de MENENDEZ PELAYO, P. 7.

(7) JUAN DE LA ENCINA, *Arte de la poesía castellana*, 1496. En la *Antología de poetas líricos castellana* de MENENDEZ PELAYO.

(8) En el «Prólogo» citado.

pie de cuántas sílabas y aún no se contenta con esto sin examinar la cantidad de ellos» (9). Por otro lado, el hecho de que a final de verso el esdrújulo se cuente con sílaba de menos y el agudo con sílaba de más, Encina lo atribuye a la cantidad, confundiéndola claramente con el acento (10). Y así dice: «Quando las dos sílabas postreras son ambas breves entonces no valen ambas sino por una» (11), continuando: «Pueden también por el contrario ser menos de ocho o de doce quando la última es luenga».

Puestas tales premisas, no habrá más que dejarse llevar por este camino: si el acento se identifica con la cantidad, es natural que haya en castellano sílabas largas (las acentuadas) y sílabas breves (las no acentuadas). El problema de la adaptación de los metros clásicos el día en que surja y salte a la palestra quedará reducido a un problema de acentos. Hará falta llegar, en el campo de la práctica, a Villegas con su intento de componer hexámetros totalmente a la latina, si seguimos la interpretación de Agustín García Calvo (12), y, en el campo de la teoría a Sinibaldo de Mas, para encontrarnos con intentos de adaptación cuantitativa de los metros clásicos no mediante el acento —previa identificación de éste con la cantidad— sino mediante el innegable juego de cantidades que indudablemente existe en castellano, deducido de acuerdo con las reglas de la prosodia clásica. Hasta entonces (y, aun entonces, fuera de ese par de casos aislados, de los que, por otra parte, nosotros no admitimos el de Villegas) sílaba larga en castellano será considerada por la mayoría de los preceptistas aquella que lleva el acento y breve la que no lo lleva. Y esto la preceptiva castellana se lo debe, en última instancia, al autor de *Arte de la poesía castellana*. Pero la doctrina de Encina hubiera pasado en este aspecto inadvertida si no la hubiera popularizado, a finales del s. XVI, uno de los preceptistas de más autoridad de nuestras letras, Rengifo.

JUAN DIAZ RENGIFO (13)

Después de leer a J. de la Encina, no nos extrañará encontrarnos en Rengifo con que «el verso, que es objeto y fin del arte poético, se compone de sílabas largas y breves». Para conocer la longitud o la brevedad de las sílabas basta con una regla: el acento. «Acento es un sonido con que herimos y le-

(9) *Ob. cit.* V, P. 38 (Citado por NAVARRO TOMAS en el artículo mencionado en n. 4).

(10) Lo mismo nos dirán más adelante otros preceptistas neoclásicos.

(11) *Ob. cit.* V, p. 38.

(12) AGUSTÍN GARCÍA CALVO, «Unas notas sobre la adaptación de los metros clásicos por Dn. Esteban Villegas», *BBMP* (Bol. de la Bibl. de M. Pelayo), 1950, pgs. 92-105.

(13) JUAN DIAZ RENGIFO, *Arte poética española*, 1592, aunque nosotros hemos trabajado sobre la edición hecha en 1759, Barcelona, María Angela Martí, 12 hojas sin numerar + 483 pgs.

vantamos más una syllaba quando la pronunciamos y nos detenemos más en aquella que en cualquiera de las otras de un mismo vocablo» (14).

¿Confundía Rengifo el acento con la cantidad? Así opinan Menéndez Pelayo y Coll y Vehí. Navarro Tomás se muestra contrario a esta opinión y piensa que, en realidad, Rengifo lo que consideraba era coincidente de ambos elementos. En efecto, el acento, para Rengifo, como se desprende de la definición que acabamos de ofrecer, es cantidad más algo: el acento es cantidad, más intensidad, más altura. La cantidad, entonces, es un componente más del acento; y la cantidad es, como si dijéramos, un elemento simple, no teniendo nada que ver con el «material ortológico», para decirlo con una expresión cara a los preceptistas del s. XIX. Y así, en una palabra dada será larga sólo aquella sílaba que va acentuada y nada más. De ahí que en casos como, por ejemplo, «dignísimo», «ni» es la larga, mientras que las demás sílabas son todas igual de breves, aun a pesar de la diferencia ortológica de cada una de ellas. Oigamos a Rengifo: «si «ssi» en «dignísimo» parece más breve es por aver precedido inmediatamente la larga, en la qual, como se subió la voz, quando baxa a la breve que se sigue parece que se despeña y que corre más por ella que por las otras, como en realidad de verdad en todas gaste un mismo tiempo» (15).

Si no se le puede achacar con seguridad a Rengifo el haber confundido la cantidad con el acento, menos se le puede imputar, como han hecho algunos, la afirmación de que la cantidad silábica constituye la base rítmica de nuestra versificación. Afirmación es ésta tan atrevida y de consecuencias tan funestas que habrá de pasar mucho tiempo para que haya un preceptista que se atreva a formularla. Habrá que llegar a los metricistas neoclásicos, decididos a implantar en castellano la naturaleza rítmica de las lenguas clásicas, para encontrarnos con semejante doctrina (16).

Rengifo fue el primero que se planteó directamente la cuestión de la adaptación en castellano de los metros clásicos y, tras constatar que los poetas que escriben en latín se han apropiado de numerosos metros de las lenguas romances, defiende calurosamente la posibilidad de imitar en castellano cualquier verso latino, «imitando siempre el sonido más lleno y corriente de cada género; y vocablos tenemos nosotros para componer versos tan numerosos como Virgilio y Horacio los hicieron» (17). El mismo nos ofrece un desdichado ejemplo de dístico que es, sin duda, el primer esperpento compuesto en castellano como imitación del dístico elegíaco clásico. Es el tan conocido:

«Trápala, trisca, brega, grita, barahunda, chacota:
Húndese la casa, toda la gente clama».

(14) *Ob. cit.* cap. V, p. 13.

(15) *Ob. cit.* cap. VII, p. 14.

(16) EMILIANO DIEZ ECHARRI, *Teorías métricas del Siglo de Oro*, Madrid, CSIC, 1949, p. 152-3.

(17) *Ob. cit.* cap. XIV, p. 22.

En este dístico, métricamente tenemos, habida cuenta de que para Rengifo la cantidad larga va aneja a la sílaba acentuada, el siguiente esquema:

«Trápala/, trisca/, bréga/, grita, ba-/ ráhunda, cha-/cota:
Húndese / lá ca-/ sa //, tóda la / génte cla-/ ma».

Saltan a la vista las arbitrariedades métricas (ausencia de la cesura trihemímera en el hexámetro, al aparecer la heptemímera, acento secundario en el primer «la» del pentámetro, abreviación de sílaba acentuada en «ca-» y «cla-» también en el pentámetro, etc.).

Con Rengifo, pues, se pone en marcha, teórica y prácticamente, el carro de la adaptación de los metros clásicos en castellano; el camino a lo largo de tres siglos y medio va a ser penoso, agotador y muy poco provechoso. No poca culpa le corresponderá al mismo Rengifo al que un día le dio por componer el «Trápala».

ALONSO LOPEZ PINCIANO (18)

Pinciano es el preceptista más seguro de todo el s. XVI. En la cuestión que estamos examinando enderezó el camino seguido por los preceptistas anteriores, volviendo, con muy buen criterio, a la enseñanza de Nebrija. Todos los que, a la hora de adaptar los metros clásicos, se decidan —como es el caso, por ejemplo, de J. Gualberto González y, en nuestros días, de E. Huidobro— porque una simple adaptación «de acentos» del verso clásico, tienen que ver en el Pinciano al maestro que con clara visión dio con el camino más fácil y más seguro para tal adaptación y el que logró dar la regla más sencilla y eficaz para llevarla a la práctica.

Pinciano, apartándose de la doctrina de Encina y Rengifo, vuelve a empalmar con Nebrija, distinguiendo con toda claridad la cantidad y el acento y defendiendo para las lenguas romances la inexistencia de sílabas largas y breves, «porque es muy diferente la cantidad de la syllaba y el acento della» (19). La distinción entre cantidad y acento le lleva a formular la siguiente regla en el momento de tratar la cuestión de la adaptación en castellano de los metros clásicos: «Consideremos en los versos latinos el número de las syllabas que tienen y las partes a donde ponen su acento y haremos sus versos nuestros» (20). Si en vez de decir «acento» hubiera dicho «ictus» estaríamos por completo de acuerdo y creemos que con ese simple cambio de palabras la historia de

(18) ALONSO LOPEZ PINCIANO, *Philosophia antiqua poetica*. Edic., según la edic. príncipe de 1596, por ALFREDO CARBALLO PICAZO, Madrid, CSIC, Biblioteca de Antiguos libros hispánicos, serie A, vol. XIX, 1953, 3 vols. XVI + 305, 385, 353 pgs.

(19) *Ob. cit.* Vol. II, epístola 7.ª.

(20) *Ob. cit.* id. id.

la adaptación de los metros clásicos hubiera sido completamente distinta. Pero ese simple cambio presupone el cambio de toda una concepción del sistema de adaptación. En efecto, lo que el Pinciano trata de imitar, cuando del campo de la teoría descienda el de la práctica y se lanza a construir hexámetros castellanos, es la sucesión de acentos que pueden aparecer en los hexámetros latinos.

Algún crítico ha pretendido que lo que el Pinciano propugnaba era una imitación de pies marcados o «ictus» (método *scandere* en la terminología del P. Luis Alonso Schökel (21), pero tal interpretación de la doctrina de Pinciano cae por tierra cuando vemos ejemplificar a nuestro autor: los ejemplos de adaptación que él nos ofrece presentan una adaptación *acentual* del hexámetro latino. En resumen, el Pinciano aporta a la cuestión objeto de nuestro estudio las siguientes notas:

1.^a) El acento no se confunde de ninguna manera con la cantidad.

2.^a) La versificación castellana tiene como base únicamente el acento, de ninguna manera la diferencia de cantidad de las sílabas.

3.^a) La adaptación de los metros clásicos tiene que ser una adaptación de acentos.

Entre todos los que han defendido, teórica y prácticamente, una adaptación «acentual» de los metros clásicos no podrían darnos una fórmula más exacta y más sencilla de tal adaptación (22).

LUIS ALFONSO DE CARVALLO (23)

Confunde expresamente la cantidad con el acento: son largas las sílabas acentuadas y breves las inacentuadas. En efecto, la regla para conocer la cantidad de las sílabas, según Carvallo; es bien sencilla: «la syllaba donde el acento estuviere en nuestra lengua española, essa es larga y todas las demás son breves» (24).

(21) En «Estudios sobre el ritmo», *Miscelánea Comillas*, VIII 1947, pp. 277-338; X 1948, pp. 205-278.

(22) Entre los representantes más sobresalientes de este sistema, véase, más adelante, a J. Gualberto González y a E. Huidobro.

(23) LUIS ALFONSO DE CARVALLO, *Cisne de Apolo, de las excelencias y dignidad y todo lo que al Arte Poético y versificación pertenece*. Medina del Campo, 1602, 15 hojas + 214 folios.

(24) *Ob. cit.* p. 63.

MAESTRO GONZALO CORREAS (25)

Curiosa es la postura del Maestro G. Correas. En el fondo está actuando sobre él, por un lado, la doctrina común que enseñaba la identificación práctica o, al menos, la coincidencia, de acento y cantidad y, por otro lado, aun sin darse cuenta, la explicación del Pinciano de que, a fin de cuentas, los versos latinos adaptados *acentualmente* en castellano vienen a resultar en nuestra lengua yuxtaposiciones de dos versos menores. Con Correas si la teoría de la adaptación de los metros clásicos no progresa, al menos queda más definido el sistema del Pinciano: la adaptación *acentual* debe hacerse buscando en el verso latino el esquema acentual que permita, como resultado, en castellano un verso formado por la yuxtaposición de dos versos menores, sistema que a la hora de la práctica será muy seguido entre los adaptadores de los metros clásicos.

LA PRECEPTIVA DEL S. XVIII: LUZAN

Con relación al tema de nuestro estudio no hay novedad digna de mención entre los preceptistas hasta llegar a Luzán. Con éste la cuestión acaba por desviarse completamente, al defender acérrimamente la existencia en castellano de largas y breves independientes del acento y al tratar de equiparar la prosodia castellana a la latina. La fama y el predicamento de que gozó la *Poética* de Ignació Luzán (26) a través de los tiempos fueron la causa de los perniciosos efectos que ha producido en los preceptistas posteriores, al menos en lo que se refiere al problema de la adaptación de los metros clásicos.

En efecto, Luzán, por un falso razonamiento, viene a defender la identidad, en latín y en castellano, de la naturaleza métrica. Su argumentación, resumida, viene a decir: aunque los latinos y griegos pronunciaban con más fina y clara distinción que nosotros las sílabas largas y breves, los españoles e italianos no tenemos una pronunciación de las sílabas tan distinta de la clásica que «no haya quedado alguna distinción bastante para la armonía poética». Un español, al oír leer versos latinos se da cuenta de que lo que oye es verso y no prosa; ahora bien, esa armonía que él percibe «o no procede de la igualdad de los pies en los tiempos y que en el compás, formada con las sílabas largas y breves» o hay que decir «que también nosotros pronunciamos, así en latín como en romance, las sílabas largas y breves con alguna distinción, si no tanta

(25) MAESTRO GONZALO CORREAS, *Arte grande de la lengua castellana*, compuesto en 1626 por el; publicólo por primera vez el Conde de la Viña, Madrid, 1903, XXVI + 328 pgs.

(26) IGNACIO DE LUZAN, *La Poética*, Zaragoza, F. Revilla, 1737, 14 hojas + 503 pgs.

ni tan fina como la de los antiguos Romanos, a lo menos tal que baste para formar una suave y grata armonía en los versos latinos tanto como en los vulgares» (27).

Luzán desecha el primer miembro de la alternativa y aquí está el grave error del preceptista. Indudablemente, un español percibe cierta armonía en los versos latinos leídos a la española; pero esa armonía que él percibe no proviene de lo que es esencial en la métrica latina, la recta sucesión de largas y breves con la recta sucesión de los pies marcados o «ictus», sino de la inevitable sucesión de acentos que, en muchos casos de versos isosilábicos, incluso en latín aparecen en puntos fijos.

La afirmación de que el juego de las cantidades de las sílabas castellanas desempeña un papel en la versificación de nuestra lengua es la afirmación de mayor importancia y trascendencia en toda la historia de la adaptación de los metros clásicos. Los efectos irán apareciendo en Sicilia, Hermosilla, etc., para desembocar en Sinibaldo de Mas. «Suponiendo, dice Luzán, (como se debe suponer, mientras no se impugnen y destruyan mis razones) que no se ha perdido del todo la pronunciación de las largas y breves como la tuvieron los antiguos y que todavía ha quedado entre nosotros alguna distinción en el pronunciarlas, que basta para formar armonía con la igualdad de los pies en los tiempos y en el compás; se ha de conceder finalmente que, como la armonía en los versos latinos procede de esta igualdad, de la misma ha de proceder en los vulgares, no habiendo razón para negar en éstos lo que se concede en aquéllos» (28).

Esta afirmación adquiere todo su valor si pensamos que en Luzán no hay confusión de ninguna clase entre acento y cantidad: el acento no alarga la sílaba, sólo le da apariencia de larga (29). La afirmación de que la métrica castellana está también, como la latina, regulada por la cantidad, le lleva a Luzán a la formulación de ciertas reglas generales para conocer cuáles de nuestras sílabas son largas y cuáles breves. «La más general y más segura regla, a mi parecer, dice, será la prosodia latina: de suerte que una vocal delante de otra será breve, y seguida de dos consonantes mudas será larga. En quanto a las vocales, juzgo que podrían hacerse todas comunes, así porque la diversidad no puede ser más que de un tiempo, que es casi insensible, como también porque se hallan de todas maneras en los latinos... Según esta observación, en la lengua vulgar serían dáctilos «cándido, hórrido, bárbaro»: serán anapestos, o tribrachios, y casi lo mismo que dáctilos, «varia, tímido, trémulo»: serán spondeos, o trocheos, «fuentes, flores, grande, alma, selva, suerte». Podrán

(27) *Ob. cit.* cap. XXII, p. 251.

(28) *Ob. cit.* p. 253.

(29) En el capítulo ya citado, Luzán, de diversas maneras y con otras palabras hace hincapié en la idea de que el acento castellano, aunque lo parezca, no alarga la sílaba.

servir de jambos las dos últimas sílabas de los vocablos esdrúxulos; pues, aunque en rigor, por la regla general de una vocal delante de otra, la primera sílaba en «río, fío, mío, sea, rúa» debiera ser breve y formar un jambo con la siguiente sílaba; no obstante, como el acento agudo da a la sílaba la apariencia de larga, estos vocablos que tienen en la primera el agudo no suenan com jambos. Deben también ser largos los diptongos, y por esta razón serán largas las primeras sílabas en «ruego, llueve, quiero, juego, grieta, guadaña». Deben así mismo ser largas las sílabas contrahídas por la figura syneresis, como «idea, seria, paseo» quando son de dos sílabas: «mia, fia, rio, tea», quando son de una» (30).

La cita ha sido larga pero creemos que instructiva. Todo lo que después digan sobre el particular Sicilia, Hermosilla y Sinibaldo de Mas no será más que una ampliación del pensamiento de Luzán.

LA PRECEPTIVA DEL SIGLO XIX

JOSE GOMEZ HERMOSILLA (31)

La doctrina de Luzán tardó un siglo en ser seguida. Ni Jovellanos, ni Iriarte, ni Masdeu la aceptan. Iriarte no hace ni alusión siquiera a la existencia de sílabas largas y breves en castellano. Masdeu, por su parte, acepta lo que en su tiempo era doctrina común, es decir, que las sílabas acentuadas eran largas y las inacentuadas breves; Jovellanos, aun admitiendo, rectamente, que en la pronunciación hay de algún modo cantidad silábica, reconoce que «este acento, sin hacer siempre más larga la sílaba, le da un sonido más fuerte y la melodía del verso entre nosotros depende infinitamente más de cierto orden y sucesión de sílabas acentuadas que de ser éstas largas o breves» (32).

Con José Gómez Hermosilla, sin embargo, las teorías de Luzán se imponen en toda la línea. Para Hermosilla hay dos clases de versificación: silábica y cuantitativa: «la primera consiste, según sus palabras en que las porciones regulares en que está partida la obra tengan determinado número de sílabas; y la segunda en que sin fijar el número de éstas sea determinado el de los tiempos que han de gastarse en su pronunciación» (33). Generalmente se cree que el segundo tipo de versificación es propio del latín y el primero de las lenguas romances, pero para Hermosilla el hecho de que, por ejemplo, el ende-

(30) *Ob. cit.* pp. 262-3.

(31) JOSE GOMEZ HERMOSILLA, *Arte de hablar en prosa y verso*, 2 vols. Madrid, Imprenta Nacional, 1839.

(32) GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS, *Lecciones de Retórica y Poética*, adicionadas y comentadas por Francisco Jarrín. Gijón, 1879, p. 214.

(33) *Ob. cit.* en n. 31, II, p. 107.

casílabo exija no sólo once sílabas cualesquiera sino sometidas a determinados acentos (para Hermosilla, que aquí se aparta de Luzán, sílaba acentuada es sílaba larga y sílaba inacentuada es sílaba breve, mientras que para Luzán el acento sólo da apariencia de larga) es una razón incontrovertible «de que toda versificación se funda en la medida del tiempo que se gasta al pronunciar las porciones simétricas de sonidos en que está dividida la composición» (34).

Es más: la versificación castellana pertenece a la tercera clase de versos que nuestro autor descubre dentro de la métrica clásica, esto es, la que tiene número de pies y número de sílabas fijo pero no así el de los tiempos, debido a que los pies son sustituibles por otros de igual número de sílabas pero de distinto número de «moras» (las otras clases serían, 1.^a, la de número de pies, sílabas y tiempos fijo; 2.^a, la de número de pies y tiempos constante pero no el de las sílabas a causa de la sustitución de unos pies por otros de distinto número de sílabas pero de igual número de «moras»; y 3.^a, la de número de pies fijo, pero no el de las «moras» ni el de las sílabas, debido a que algunos de los pies pueden ir sustituidos por otros de distinto número de sílabas y distinto número de «moras»).

También Hermosilla nos da las reglas de la cantidad silábica en castellano y son en un todo parejas a las que regulan la cantidad en las lenguas clásicas (35).

MARIANO JOSE SICILIA (36)

Aun dentro de la línea de Hermosilla, Sicilia presenta algunos rasgos interesantes dentro de los puntos debatidos por los preceptistas anteriores. Así,

a) el acento no sólo comporta cantidad larga sino que lleva consigo otros matices, uno de ellos tan importante como es hacer larga incluso la sílaba anterior si se trata de una palabra bisílaba aguda (37).

b) En la cantidad hay grados: hay sílabas de un tiempo (breves), de algo menos de un tiempo (más breves), de un tiempo y parte de otro (largas) y de dos tiempos (más largas) (38).

c) La cantidad de una sílaba proviene de dos causas: del material ortológico de dicha sílaba y del acento.

(34) *Ob. cit.* p. 108.

(35) *Ob. cit.* II, p. 116.

(36) MARIANO JOSE SICILIA, *Lecciones elementales de Ortología y Prosodia*, 2.^a ed. Madrid, Imprenta Real, 1832. 2 vols. XXIII + 244 y 222 pgs.

(37) *Ob. cit.* I, p. VIII.

(38) Algo parecido defenderá D. Sinibaldo de Mas.

También Sicilia se siente obligado a darnos las reglas que regulan, según él, la cantidad silábica en nuestra lengua (39).

SINIBALDO DE MAS (40)

Este autor, tan interesante bajo muchos aspectos, en el campo de la adaptación de los metros clásicos, tanto en su aspecto teórico como en su aspecto práctico, es el paladín de las doctrinas neoclásicas. En este aspecto, el principio de que en castellano tenemos largas y breves, lo mismo que tenían los latinos, informa toda la obra de Sinibaldo de Mas. Incluso, esa diferencia de cantidad (y sólo ella, independientemente del acento y del número de sílabas) es la que regula toda nuestra métrica. Por eso, podemos hacer versos con metros clásicos, con nada más que el juego de largas y breves, tan buenos como los latinos. Incluso mejores, apostilla el bueno de D. Sinibaldo. Como se ve, lo que cambia en De Mas es la esencia misma de nuestra versificación.

Como es natural, nuestro autor nos da (41) unas reglas pormenorizadas de la cantidad silábica en nuestra lengua pero lo que llama poderosamente la atención en él es la cuestión del acento: el acento no alarga la sílaba en la que aparece; ni siquiera hay coincidencia de acento y cantidad larga; y así a la hora de la adaptación práctica se encuentran en nuestro autor sílabas acentuadas métricamente breves: estamos en el triunfo absoluto de la métrica clásica en la versificación castellana.

La reacción va a aparecer de la mano del autor que vamos a considerar a continuación: la cantidad no desempeña en nuestra métrica ningún papel esencial (cierto) y, por otro lado, toda versificación está hasta tal punto dominada por el acento que incluso entre los latinos se atendía más al acento que a la cantidad (falso, al menos por lo que se refiere a la poesía latina de la época clásica). La adaptación de los metros clásicos en nuestra lengua sale de Escila para meterse en Caribdis.

(39) *Ob. cit.* II, p. 28.

(40) SINIBALDO DE MAS, *Sistema musical de la lengua castellana*. La primera edición apareció en 1832, en Barcelona. Nosotros hemos manejado la edición 4.^a aparecida en Madrid, Rivadeneyra, en 1852 y que aparece, junto con otras cinco obras del mismo autor, bajo el título general de *Obras Literarias*. Tiene el *Sistema...* en esta 4.^a edic. 120 pgs. aunque, por error, se paginan solamente 116.

(41) *Ob. cit.* pgs. 14 y 17-8.

JUAN GUALBERTO GONZALEZ (42)

El principio fundamental que rige todo el sistema de adaptación de los metros clásicos empleado por J. Gualberto González es el formulado en el prólogo de su obra: «En el hexámetro latino se encierran, como partes alcuotas tuyas, y tal vez fueron su tipo, todas nuestras combinaciones métricas, desde el verso menor hasta el endecasílabo» (43). Efectivamente, toda su teoría de la adaptación tiene sus raíces en este principio: los diferentes versos castellanos han derivado del hexámetro latino; o, lo que es lo mismo: todo hexámetro latino puede descomponerse en algún verso castellano (prácticamente, en dos versos castellanos). En el fondo, tal teoría se dará la mano con la defendida por los Profesores Murari para explicar los hexámetros de Carducci y Marasso, para los de Rubén Darío, teoría seguida por Saavedra Molina y por nosotros mismos a propósito de los hexámetros del poeta nicaragüense. Ahora bien, en J. Gualberto González esta teoría se halla complicada con otras consideraciones, una de ellas fundamental, el acento: a esos versos castellanos que pueden componer el hexámetro latino adaptado en castellano, tras buscarles un esquema acentual como antecedente en algún verso latino, hay que ponerles los acentos en el mismo lugar en que aparecen en latín, punto en el que nuestro autor coincide, por un lado, con el Pinciano y, por otro, con E. Huidobro, como tendremos ocasión de comprobar más adelante.

La exposición de tal teoría consta de las siguientes partes:

a) Perdida en castellano la cantidad (como elemento constitutivo del ritmo), cuando leemos un hexámetro latino, lo que nos suena es el acento. Dado que ese verso tiene de 13 a 17 sílabas, será posible adaptar tal verso al castellano con sólo formar un verso dentro de ese número de sílabas y poniéndole los acentos en que aparecen en latín en cada caso.

b) Los hexámetros latinos leídos «a la española» resultan ser una yuxtaposición de dos versos conocidos en castellano: endecasílabo más adónico, octosílabo más octosílabo, etc., cada uno con su acentuación.

J. Gualberto González, como D. Sinibaldo de Mas, llevará al terreno de la práctica sus principios teóricos, ofreciéndonos una versión en «hexámetros» de la segunda *Bucólica* de Virgilio.

Pasando por alto otros preceptistas de menor importancia y que no aportan ninguna novedad a la doctrina examinada, como Vicente Salvá (44), F. Martí-

(42) JUAN GUALBERTO GONZALEZ, *Obras en verso y prosa*, 3 vols. Madrid, Imprenta Alegría y Charlain, 1844, XI + 205; XXV + 219; IV + 229 pgs.

(43) *Ob. cit.* I, p. VI.

(44) VICENTE SALVA, *Gramática de la lengua castellana según ahora se habla*. Hemos manejado la edic. de 1859, hecha en París, Garnier, XL + 471 pgs.

nez de la Rosa (45), Juan María Maury (46), Alberto Lista (47), etc., llegamos a los dos maestros de doctrina más segura y que, aunque no se han planteado directamente la cuestión de la adaptación de los metros clásicos, la han dejado rectamente encaminada al dejar cimentadas sobre seguro dos cuestiones clave en dicha adaptación: la cantidad y el acento.

ANDRES BELLO (48) y J. COLL Y VEHI (49)

En castellano hay diferencia de cantidad en las sílabas. Para lo que a nosotros nos interesa, es indiferente que esa diferencia de cantidad provenga «del número de elementos que entran en su composición (es decir, del material ortológico) i del acento», como piensa Bello (50) o que, independientemente del material ortológico dependa nada más que de la mayor o menor duración del sonido (Coll y Vehí). Lo interesante es que para ambos tratadistas esa cantidad no es elemento constitutivo de ritmo en nuestra lengua, sino únicamente instrumento estilístico en manos del poeta. Con Bello comienzo una fuerte reacción contra la doctrina de las sílabas largas y breves, como lo hace notar Navarro Tomás (51).

En cuanto al acento, Coll y Vehí, M. Pelayo y Navarro Tomás, entre otros, han criticado ya el confusiónismo de Bello a propósito del acento pues en p. 27 parece volver a la doctrina de Rengifo para quien acento era intensidad, más tono, más cantidad larga (y así dice Bello que «se llama *acento* aquel esfuerzo particular que se hace sobre una vocal de la dicción, dándole un tono algo más recio i alargando un tanto el espacio en que se pronuncia»); sin embargo, más adelante dice rectamente que «el acento de una dicción consiste en reforzar una de sus vocales, deprimiendo las otras», sin hacer alusión a la cantidad.

(45) FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA, *Anotaciones a la «Poética»*. En *Obras Completas*, 2 vols. París, Baudry, 1845. XIX + 316 + 228 y 519 pgs.

(46) JUAN MARIA MAURY, «Versificación y elocución. — Disertación sobre las cuestiones de ritmo y metro, acento, prosodia y cantidad». *Revista de Madrid*, 3.ª serie, t. I, 1841, pgs. 453-467 y t. II pgs. 5-26.

(47) ALBERTO LISTA, «De la versificación castellana», en *El Tiempo*, 1840, más tarde incorporado a *Ensayos Literarios y Críticos*, 2 vols. Sevilla, Calvo Rubio, 1844, XI + 175 y 233 pgs.

(48) ANDRES BELLO, *Principios de Ortología i métrica de la lengua castellana*, 2.ª edic. Santiago de Chile, 1850. Bogotá, reimpresa por Echevarría Hnos., 1862, X + 182 pgs.

(49) JOSE COLL Y VEHI, *Diálogos Literarios (Retórica y Poética)*, 2.ª edic., con un Prólogo de M. Menéndez Pelayo, Barcelona, Lib. Juan Antonio Bastinos, 1882, 661 pgs.

(50) *Ob. cit.* en n. 48, p. 53.

(51) En el artículo ya citado en n. 4.

Es Coll y Vehí por fin quien nos dará la doctrina más acertada a propósito del acento: «El acento no es el tono» (52). Tampoco debe ser confundido con la cantidad. La duración, la elevación del tono y el acento son tres cosas distintas aunque puedan coincidir en un mismo sonido. El acento consiste en la mayor intensidad del sonido (53). «Acentuar una sílaba equivale a esforzar más la voz en ella que en la otras. Esto podemos hacerlo alargándola o abreviándola, elevando el tono o bajándolo. Una sílaba no acentuada o débil puede ser muy aguda y muy larga; y, al contrario, una sílaba acentuada o fuerte puede ser muy breve y muy grave» (54).

Aclaradas estas dos cuestiones esenciales —cantidad y acento— puede acometerse la empresa de la adaptación de los metros clásicos sin perder de vista estos dos principios: 1.º) en castellano hay cantidad pero esa cantidad no desempeña ningún papel a la hora de generar el ritmo; 2.º) la adaptación de los metros clásicos tiene que ser una adaptación de la cantidad y el «ictus» latino con el único medio que tiene el castellano, el acento.

LOS PRECEPTISTAS DEL SIGLO XX

JULIO SAAVEDRA MOLINA

Con el autor chileno J. Saavedra Molina comienza por fin a plantearse abiertamente la cuestión de la adaptación de los metros clásicos en castellano. El es autor del primer trabajo serio en este sentido (55), trabajo que motivó el que el poeta Dr. Juan Francisco Ibarra (para nosotros el poeta que más y mejores frutos poéticos ha cosechado en el campo de la adaptación de tales metros) se pusiera en comunicación con el autor chileno y entre ellos surgiera una nutrida y enjundiosa correspondencia epistolar que más tarde fue publicada por la misma editorial, constituyendo como el complemento de la obra de Saavedra Molina (56).

Los hexámetros castellanos... es prácticamente una obra histórico-crítica y dedicada, en su mayor parte, a los «hexámetros» de Rubén Darío, aunque al

(52) *Ob. cit.* p. 176.

(53) *Ob. cit.* p. 183.

(54) *Ob. cit.* p. 184.

(55) JULIO SAAVEDRA MOLINA, *Los hexámetros castellanos y en especial los de R. Darío*, Santiago de Chile, Prensas de la Univ. de Chile, 1935, 91 pgs.

(56) JULIO SAAVEDRA MOLINA, *La versificación neoclásica y la obra poética del Dr. Juan Francisco Ibarra y dos comentarios sobre versificación neoclásica por el doctor Juan Francisco Ibarra*, Santiago de Chile, Prensas de la Univ. de Chile, 1946, 126 pgs.

final su autor propone una serie de condiciones que debe reunir el «hexámetro» castellano y que, resumidas, son las siguientes:

a) «El verso predominante tiene que ser el dáctilico puro... de 17 sílabas, formado por cinco dáctilos y un troqueo, con seis acentos rítmicos, que caen en las sílabas 1.^a, 4.^a, 7.^a, 10.^a, 13.^a y 16.^a, distribuidas en dos secciones de tres acentos o en tres secciones de dos acentos». Aunque S. Molina no lo especifica, es natural que con lo de las dos secciones de tres acentos y las tres de dos acentos quiere decir que la cesura ha de ser pentemímera (dos secciones de tres acentos:

´ — — / ´ — — / ´ // — — / ´ — — / ´ — — / ´ — —)

o trihemímera-heptemímera (tres secciones de dos acentos:

´ — — / ´ // — — / ´ — — / ´ // — — / ´ — — / ´ — —)

b) «Alguno de los primeros dáctilos podría reemplazarse por dos sílabas acentuadas o muy voluminosas que, aun conservando la acentuación trocaica, dieran la impresión de un espondeo». Una vez más, incongruente llamada al material ortológico e incluso innecesariamente al acento. El espondeo latino, pie de ritmo descendente, llevaba marcada la primera sílaba; el «espondeo» castellano (que, adaptado, se confunde con el troqueo) deberá llevar acentuada la misma sílaba y nada más.

c) «Excepcionalmente, el troqueo final podría ser dáctilo (palabra esdrújula) o una simple sílaba acentuada, o la final de una palabra aguda». Un principio parecido a éste formulará más tarde Huidobro, principio que no podemos admitir de ninguna manera porque, que se busque en la adaptación del hexámetro clásico una adaptación de acentos o una adaptación de pies marcados o «ictus», la dipodia final — — / ´ — — tiene que ser básica y esencial por muchas razones en las que ahora no podemos detenernos.

d) «Se podría introducir, al comienzo del verso y con parsimonia, algún anfibraco o yambo». Otro principio que no podemos admitir por tratarse de pies de ritmo ascendente lo que destruiría el ritmo uniformemente descendente del hexámetro.

e) «En cuanto al quinto pie, siempre debería ser un dáctilo». Etc.

P. LUIS ALONSO SCHOEKEL

El P. Alonso Schökel ha sabido aportar a la cuestión que nos ocupa, además de su profundo conocimiento de la métrica clásica, que le ha hecho no tropezar en escollos mortales para otros, toda la gracia, la finura y el estilo

de su espíritu de músico y poeta. Sus «*Estudios sobre el ritmo*» (57) son un modelo de comunión de ciencia y arte, seguridad y estilo, profundidad y galanura. De los ocho capítulos que componen la obra tienen gran interés para nosotros los capítulos IV, «Estudio del ritmo latino»; V, «Los ritmos latinos y su interpretación musical» y VII, «Interpretación del ritmo poético latino». Este último está encaminado a defender, en la adaptación de los metros clásicos en castellano, el sistema que también nosotros patrocinamos, sistema que él denomina «scandere».

Según el investigador jesuita, cuatro sistemas pueden idearse para percibir el ritmo de los versos latinos:

1.^o) Pronunciar los versos como los pronunciaban los latinos, distinguiendo perfectamente la duración de las sílabas y elevando las «quintas» de los acentos. Tal sistema es imposible para nosotros, por lo que se impone «traducir el ritmo como se traducen las palabras».

2.^o) Leer los versos separando los pies por pequeñas pausas y acentuando siempre la última sílaba de cada pie: «método tan inútil como frecuente en las escuelas», comenta el autor, aunque nosotros, por nuestra parte, hemos de confesar que no lo hemos visto aplicar jamás ni sospechamos el fundamento «científico» de tal sistema.

3.^o) Método «legere». Consiste en «a los acentos tónicos latinos hacer corresponder los acentos intensivos castellanos» (58). Es el sistema seguido normalmente en nuestros centros docentes. Este sistema no puede aceptarse como satisfactorio (a pesar de haber sido seguido por muchos adaptadores, por todos aquellos que, siguiendo al Pinciano han buscado una simple adaptación de acentos) por dos razones: a) No traduce el ritmo latino. «Los acentos tónicos en latín no eran elementos rítmicos... Al convertir los acentos tónicos en acentos intensivos castellanos, no cogemos el elemento dominante y constitutivo del ritmo latino» (59). b) «Esta interpretación rítmica no produce sonoridad plena en castellano, si exceptuamos los sáficos» (60).

4.^o) Método «scandere». «Su base científica está en la ley de la sustituibilidad del elemento dominante» (61). Su práctica se reduce a lo siguiente: sustituir las sílabas marcadas con «ictus» en latín por sílabas acentuadas. Este sistema cumple con las dos condiciones que necesita para tener valor: nos da, traducida, la equivalencia del ritmo latino y produce ritmos castellanos acepta-

(57) Citados en n. 21.

(58) *Ob. cit.* X 1948, cap. VII.

(59) *Id. id.*

(60) *Id. id.*

(61) El mismo P. Schökel en *Estética y estilística del ritmo poético*, Barcelona, Juan Flors, 1959, XV + 227 pgs., al dar la definición de este mismo método, prefiere cambiar el «elemento dominante» por «factor dominante».

bles según el genio de nuestro sistema rítmico. Es precisamente en este segundo punto en donde el trabajo de P. Shcökel es más meritorio. Ha examinado minuciosamente unos 25.000 versos castellanos y nos va ofreciendo en nuestra lengua ejemplos de versos que rítmicamente responden al ritmo que mediante «ictus» tienen diversos versos latinos, como hexámetros, sáficos, etc. Este apartado comprende dos secciones: versos que ya han sido compuestos por otros poetas y versos que el mismo autor compone para demostrar la posibilidad de hacerlos por el sistema «scandere».

EMILIO HUIDOBRO

El extenso artículo de E. Huidobro (62), aparecido entre los años 1957-60, es, con todos sus defectos, uno de los más serios dedicados al tema de nuestro trabajo: 214 páginas dedicadas a censurar los diversos sistemas de adaptación de los metros clásicos, a defender arduosamente el método «prosódico-acental de Commodiano» y a hacer un examen histórico-crítico de algunas de las adaptaciones castellanas más famosas de los metros clásicos. Tomando como ejemplo el hexámetro latino, tenemos que, leyendo este verso «a la española» y según tenga cesura pentemímera o trihemímera/heptemímera se puede observar en él acústicamente una yuxtaposición de versos menores que presentan un esquema acental determinado que el autor fija detenidamente para cada caso; después de un detenido examen sobre las posibilidades combinatorias de los dos hemistiquios que componen el verso latino, nos ofrece el siguiente cuadro de posibles combinaciones de hemistiquios contando por sílabas:

5 + 10	6 + 10	7 + 10	8 + 7	9 + 7	10 + 7
5 + 9	6 + 9	7 + 9	8 + 6	9 + 6	10 + 6
5 + 8	6 + 8	7 + 8			
		7 + 7			
		7 + 6			

Cada tipo de hexámetros según el número y distribución de sus sílabas en los dos hemistiquios presenta un abanico de posibles combinaciones acentuales que en el trabajo de Huidobro están meticulosamente detalladas. Como el autor defiende una adaptación de acentos del hexámetro latino (concretamente el hexámetro de Commodiano que Huidobro denomina «rítmico-acental inten-

(62) EMILIO HUIDOBRO, «El ritmo latino en la poesía española», *Bol. de la Real Acad. Esp.*, 1957, 419-468; 1958, 93-116; 265-291; 435-449; 1960, 87-133; 265-327 pgs. Tiene también interés para nuestro trabajo su *Gramática española, Versificación. Con un estudio de los versos métricos y neoclásicos y del versolibrismo*, Lima, T. Scheuch, 1924, 85 pgs.

sivo») cualquiera de esas combinaciones será válida con lo que las posibilidades de adaptación de dicho verso son numerosísimas aunque el autor subraya que hay diversos tipos que abundan más y que deberían ser los que fijaran el «canon» del hexámetro castellano, tanto por lo que se refiere al número y distribución en hemistiquios de sus sílabas como al esquema acentual que ellas ofrecen.

PEDRO-LUIS HELLER (63)

La obra de Heller es, sin género de duda, el trabajo más científico y más profundo de cuantos se han dedicado al tema. Propugna, con acierto, una adaptación por el sistema «scandere», reproduciendo mediante sílabas acentuadas castellanas los pies marcados con «ictus» en el ritmo clásico. Ahora bien, el hecho de evitar sistemáticamente la sinalefa mediante diéresis y defender, en desgraciada compensación, la sinéresis como prácticamente obligatoria hace de sus adaptaciones (aunque el autor piense más en el rapsoda recitador que en el lector de poemas) poco menos que meros ejercicios de vocalización y silabización. A la vista de sus ejemplos de adaptación hay que reconocer que el científico en Heller ahoga continuamente al poeta; con él, aun pisando terreno firme, estamos muy lejos de lo que entendemos debe ser una adaptación de los metros clásicos, adaptación que intuitivamente la vemos vislumbrada, por ejemplo, en muchos de los hermosos poemas del ya vitado J. Francisco Ibarra.

A grandes rasgos, esto es lo que nuestros preceptistas nos han dicho sobre la adaptación de los metros clásicos en castellano. ¿Qué caso han hecho nuestros poetas a nuestros preceptistas? Eso ya es otro cantar.

(63) PEDRO LUIS HELLER, *Fundamentos técnicos de la reproducción métrica de versos griegos*, Montevideo, Univ. de la República, 1961, 52 pgs. y un segundo volumen, 1962, 76 pgs.

LA REAL ACADEMIA REVISARA LOS TEXTOS LITURGICOS

LA Real Academia de la Lengua, a través de una comisión de académicos se ha responsabilizado de la revisión de los nuevos textos litúrgicos para España e Iberoamérica. En 1971 entrará en vigor el nuevo ritual de matrimonios y el de exequias. El nuevo ritual del Sacramento del matrimonio tiene en cuenta las tradiciones y costumbres de las regiones, y da cabida a las tradiciones populares. La parte más interesante, es el Directorio pastoral. El rito ha dejado de ser una fórmula.